

DOMINGO TAVARONE¹

Hasta aquí

He tenido que llegar hasta aquí
para que se me revelara la belleza de tu nombre.
Isabel.

Ciega en el laberinto de los signos,
balbuceante en la voz de la palabra,
extranjera en el uso de los usos,
arrojada a lugares que no son suyos.
Isabel.

Comienza como una astilla de hielo
en las mañanas congeladas.
No la detienen espinos, rayos a pique,
arenas de enero, nieves de julio.
Isabel avanza, siempre avanza.

Al centro, redonda como caldero de cobre,
cálida como pájara afiebrada,
simple como animal domesticado,
pródiga como quien nada tiene.
Isabel cuida, siempre cuida.

¹ ANLE, catedrático, educador, lingüista, investigador, ensayista y promotor cultural de reconocida y destacada trayectoria docente en distintos niveles y modalidades. Entre su amplia producción filológica se destaca *Fundamentos de lingüística* y actualmente trabaja en la compilación de los escritos de Julio Balderrama.

Al final toma el vuelo de los que parten,
recoge las manos pequeñas,
amasa de abundancia la mesa,
regala su saludo al que pasa.
En su silla de paja, Isabel espera, siempre espera.

He tenido que esperar a este momento,
para que el resplandor
me revelara la belleza de tu nombre,
Isabel.

Isabel,
Era el nombre de mi madre

Hilos de memoria

¿Qué somos sino hilos de memoria?
¿Dónde se ha posado cada sí mismo?

Una mirada ángel
corretea sobre la granza
asusta a la paloma que levanta vuelo
reclama el dulce que ofrece el hombre de bigotes
llena su bolsa con conos de eucaliptos
hojea ese libro aún indescifrable
imagina goles con su pelota fofa
estira su horizonte más allá del umbral.

¿Dónde está ahora ese sí mismo
que un yo disorde reconoce?

Un asombro joven
sube las escaleras del templo escolar
descubre el número perfecto de las geometrías
aprende el sonido redondo de una lengua culta
saborea la leche dulce de unos labios primeros
conoce el rigor de las mañanas insomnes
se adentra en la piedra y el río

entiende de súbito la utopía y la náusea.

¿Dónde está ahora ese yo
que otro yo nombra?

Un hombre firme
besa unos ojos de nácar
alza a la pequeña que estira sus brazos
comulga con el cuerpo amante
fatiga calles y huellas
despierta inocencias y horizontes
llora troncos enfermos
asiste a árboles caídos.

¿Dónde está posado ese yo
que este otro yo nombra?

El hombre desasido
ha comprendido el terror de los espejos
registra los senderos recorridos
levanta su mirada hacia la torre
desciende a oscuridades impensadas
vislumbra claridad detrás de las murallas
avizora lo irremediable
logra al fin mirar de frente.

¿Quién es este yo
que a sí mismo se nombra?

Nadie más que la memoria
puede hilar los sí mismos
y convocarlos en este yo presente.

Y habré de partir

¿Y habré de partir
sin el poema en la arena?
El mar, la mar.

No lo sospecha el niño
que rueda la esfera en la playa,
ni la madre que acerca
la caverna de la caracola,
ni menos aun los cuerpos
seducidos por eros.

Tu horizonte
despierta el terror en las miradas
y la eternidad de tu movimiento
vuelve vana la ilusión del ancla.

Vientre de todos los monstruos,
león de las noches.
Como el enigma mismo
de todo lo que acontece,
te contraes, vas, vienes, creces
y a ritmos para siempre establecidos
arrojas la cola del dragón
sobre la orilla.

En el espejo de tu cuenco
cabe el universo todo.
Fuente de lo creado, Alguien te creó
para que el sol y la luna,
la Aurora y los astros,
solitarios y únicos,
re conocieran su rostro
y navegaran horas y surcos precisos.

Primero del dios primero,
reúnes cielo y tierra,
domesticas vientos,
amansas la serpiente,
atrapas luces fatuas,
te derramas en ríos y marismas.

Elemental,
una gota sabe el sabor de la oceanía.

Misteriosa,
destruyes al propio Hércules
pero te entregas a la arena
como perra en celo.
Arena o mar,
¿cuál es el poder que todo lo puede?

¿Y habría de partir, Martha,
sin el poema en la arena?
¿Yo?
¿Que nos enamoramos
frente al mar?

